

# Filosofar con los niños

Diego Antonio Pineda

Profesor asociado Facultad de Filosofía  
Pontificia Universidad Javeriana

“Papá, ¿qué hay al otro lado del mundo?” me preguntó mi hija de cuatro años una mañana de enero mientras esperábamos el bus del colegio. Su pregunta me sorprendió... y quise cerciorarme de qué era propiamente lo que me estaba preguntando.

- ¿Y tú cómo sabes que hay “otro lado del mundo”? –le pregunté.

- ¿Recuerdas, papá, que en las vacaciones estuvimos en la Mitad del Mundo? Si hay una “mitad del mundo”, debe entonces existir otro lado del mundo.

- Claro. Pero, dime, ¿qué hay de este lado del mundo?

- En este lado están la tierra y las montañas... Yo creo que en el otro están el mar, la selva y las estrellas...

El bus llegó y nuestro diálogo se vio interrumpido. Pero hay algo cierto: su pregunta no surgía de la nada. Días antes habíamos estado en Quito visitando aquel sitio que se conoce como “La Mitad del Mundo”. ¿Por qué no suponer que el mundo es más que aquella mitad que nos resulta familiar y conocida... y que hay en el mundo algo que todavía no conocemos, incluso algo que tal vez nunca sabremos? ¿Por qué no dejar un lugar para lo desconocido y misterioso? ¿No hará ello más grata la vida y más interesante nuestra experiencia del mundo?

Muchas preguntas de los niños nos abren el camino hacia el misterio. Como decía el filósofo Karl Jaspers, las preguntas infantiles nos invitan a examinar vetas no abordadas de las cosas.

Y, sin embargo, ¡qué poca atención les ponemos! Oigo con frecuencia a padres que les dicen a sus hijos que hacer preguntas es “mala educación”. Y más de una vez veo a los maestros que, sorprendidos por lo que los niños preguntan, evaden el asunto diciéndoles algo así como “Esos son temas de los que es mejor no hablar... ¡Cuando seas grande ya te enterarás!”

¿Por qué no invertir nuestra lógica de padres y maestros y, en vez de enseñar cosas y más cosas que a los niños ya no les sorprenden, atender a sus preguntas, explorarlas con ellos, buscarles sus supuestos, imaginar consecuencias posibles de ellas e incluso encontrar nuevas y más interesantes preguntas que aquellas que en un primer momento despertaron su curiosidad?

Si nos atrevemos a hacer esto, estaremos empezando a hacer FILOSOFÍA... La palabra no debe asustarnos. El filosofar no tiene por qué ser exclusivamente esa tarea, siempre compleja y siempre interesante, de dialogar con los grandes pensadores de todos los tiempos. El filosofar es también, y sobre todo, nos lo han sugerido muchos filósofos, admiración, asombro, duda, perplejidad.

Y los niños están siempre dispuestos a la admiración. Su imagen del mundo está todavía en construcción y, entonces, disfrutan del misterio, de la búsqueda, de los relatos, de la búsqueda de otros mundos posibles.

Decía Aristóteles que la filosofía tuvo su origen, y lo seguirá teniendo siempre, en el hecho de que nos admi-

ramos de que las cosas sean como son. ¿Y quién más dispuesto a admirarse de que el mundo sea lo que es, quién más dispuesto a asombrarse ante el canto de un pájaro, la belleza de un árbol o el misterio que encierra un relato fantástico que un niño? El amante de los relatos (philomitos) es también –agregaba Aristóteles– un amante del saber (philosophos), pues “el mito está compuesto de maravillas”.

El filosofar con los niños no tiene por qué ser algo ocasional. Más aún... el secreto de una educación que desarrolle de forma armónica sus capacidades cognitivas, creativas, éticas, estéticas, entre otras, está en que él pueda efectivamente comprometerse en el examen de las preguntas que le inquietan y en la búsqueda del conocimiento que logre de alguna forma satisfacer su deseo irrestricto de saber.

“Que el niño no aprenda la ciencia, que la invente”, decía Rousseau en el Emilio. “Que al niño no le enseñen la filosofía... que le dejen hacerla” fue el mensaje esencial que nos dejó Matthew Lipman, el filósofo norteamericano que se propuso, contra viento y marea, hacer de los niños interlocutores filosóficos válidos.

Hacer filosofía con niños es algo que nos compromete a muchos, y muy distintos filósofos, en los cinco continentes. Recuperar para la filosofía la ingenuidad perdida es algo que solo es posible si en nuestras reflexiones las preguntas y las hipótesis siempre reveladoras de los más pequeños tienen un lugar.

Hacer filosofía con niños es plantearnos las grandes preguntas de los filósofos de todos los tiempos –¿por qué las cosas son así y no de

otro modo?, ¿por qué está mal decir mentiras?, ¿es siempre justo repartir los bienes de forma igualitaria?– “metidos en la mente” de un niño, inmersos en situaciones vividas por ellos. Se trata de formar parte de sus acontecimientos vitales, de reconstruir sus narraciones y de hacer esa vida que compartimos en común más inteligente, más reflexiva y, por ello, más justa y más bella.

En textos como *Checho y Cami, La pequeña tortuga o El miedo es para los valientes* (algunos de los libros filosóficos para niños que he tenido la ocasión de escribir) son sus palabras, sus gestos y sus reflexiones las que me han inspirado para no dejar de asombrarme de que, a pesar de toda nuestra información que corre a velocidad por todas partes y de todas las explicaciones que tenemos para todo, hay siempre en la vida un lugar para el misterio, para el disfrute de lo desconocido, para hacernos esas preguntas, a la vez ingenuas y conmovedoras, que se hacen los niños. Tal vez esas preguntas nunca tengan respuesta... pero por ellas la vida adquiere un nuevo sabor ●

Fotografía: Encuentro ¿Por qué inventaron el colegio?

